

El Salvador: una ofensiva en tiempo pasado

Perla Cohen*
Roberto Santana*

La duda subsiste a propósito de los verdaderos objetivos con que fue lanzada la ofensiva del FMLN en noviembre de 1989 y no parece posible salir de la misma ateniéndose exclusivamente a las declaraciones vertidas, en el curso de los acontecimientos, por los comandantes guerrilleros o por los periodistas. Si bien es importante para el análisis tomar nota de la manera en que en apariencia los hechos tuvieron lugar, no lo es menos tomar un poco de distancia, para interrogarse sobre el marco tendencial en el cual debe ser inscrita la ofensiva. Este texto pretende cubrir en la medida de lo posible esos dos campos referenciales.

Interrogantes a propósito de la ofensiva

Lo primero que llama la atención en la ofensiva militar desencadenada el 11 de noviembre por los guerrilleros del FMLN es la existencia de dos momentos perfectamente definidos que marcan el accionar de los combatientes. La secuencia de los dos momentos sobre el terreno mismo de las acciones ha quedado registrada en los abundantes despachos periodísticos de esos días, pero también puede ser seguida a través de las declaraciones, no menos abundantes, que diversas instancias responsables del Frente creyeron oportuno hacer públicas. Tales declaraciones fueron hechas desde el escenario mismo de la guerra y también desde el exterior.

En términos de estrategia militar, los dos momentos están marcados claramente por el cambio de táctica aplicada en el corto período de duración de las operaciones: es decir, el paso de una táctica ofen-

siva a otra, de carácter defensivo, de las posiciones ocupadas por las fuerzas guerrilleras. El primer momento corresponde precisamente a los días 11 y 12 de noviembre, mientras que el segundo queda ya bien definido el día 14. Este segundo momento es sin embargo más complejo puesto que en él, el FMLN hizo pública su consigna de "resistir y derrotar al enemigo" al mismo tiempo que llamó a "generalizar la insurrección".

Es en la interpretación acertada de los dos momentos donde se encuentra sin duda la clave de lo que el FMLN ha querido significar u obtener desencadenando las operaciones bélicas. Periodistas y otros observadores no han dejado de interrogarse sobre el carácter inesperado de la misma, pero al mismo tiempo han dado poca o ninguna importancia a la significación de los dos tiempos en el accionar militar de la guerrilla. De modo que un análisis de conjunto parece útil siempre que trate de dar coherencia a los puntos contradictorios, o a las cambiantes declaraciones revolucionarias, y que permita entender mejor el despliegue de las fuerzas y las acciones sobre el terreno.

El FMLN mismo se ha encargado de hacer brumosa la interpretación de los acontecimientos puesto que ha tenido dos posturas para explicar la ofensiva. En su primera versión, los objetivos de la campaña militar aparecen limitados, pues no se trataría de una lucha por la conquista del poder sino más bien de un golpe destinado a forzar militarmente un viraje en la política del gobierno. Más precisamente, se trataría de: 1. Forzar al gobierno de Cristiani a negociar con el FMLN sobre otros términos que los adoptados hasta allí. 2. Mostrar a la Fuerza Armada salvadoreña que el FMLN es una fuerza militar poderosa que realiza acciones sobre dos planos, es decir, lleva una ofensiva por todo el territorio

* Investigadores del Institut Pluridisciplinaire d'Etudes sur l'Amérique Latine, Tolosa.

nacional y, más precisamente, muestra su fuerza de combate en su capacidad para llevar la guerra a las ciudades. En resumidas cuentas, se trataría de ejercer una presión máxima sobre el gobierno de Cristiani y sobre el aparato militar.

En su segunda versión, que se identifica con el segundo momento de las acciones de guerra, ya no son objetivos limitados los que propone la guerrilla sino objetivos maximalistas, que pueden resumirse esencialmente en tres: 1. Luchar hasta las últimas consecuencias. 2. Provocar el "colapso" de la Fuerza Armada. 3. Provocar la caída del gobierno de Cristiani.

Tres interrogantes mayores pueden plantearse en relación a la integración de estas dos versiones en apariencia contradictorias. ¿Es sobre el entusiasmo pasajero, provocado por el éxito relativo de los guerrilleros en las primeras acciones, donde este vuelco estratégico tiene lugar? ¿O bien, en realidad, tal viraje en términos de estrategia militar no se produce, puesto que los dos momentos son uno solo, y la primera versión no sería sino una táctica de diversión propagandística? En fin, la tercera interrogante es la siguiente: ¿Hasta qué punto son coherentes la continuidad en el terreno militar y la continuidad de una estrategia política de más larga duración?

En términos militares las acciones van a tener como objetivo prioritario los centros urbanos, principalmente la capital, y en su desarrollo van a seguir una lógica que parece desmentir el optimismo expresado por los comandantes en el segundo momento: penetración de las ciudades; avance sobre ciertos espacios urbanos; necesidad de posicionarse; rápido paso a la defensiva y retirada precipitada. Esquema clásico de un asalto frustrado al enemigo. Al desequilibrio numérico de las fuerzas en presencia, que en la ciudad capital debe haber sido aproximadamente de 1 500 guerrilleros contra 10 000 soldados del régimen, hay que sumar el monopolio de la fuerza aérea detentado por éste. Un desenlace militar desfavorable a la guerrilla, en tales condiciones, podía ser previsible, así como también la brevedad con que podría producirse. A menos... a menos que la insurrección popular fuese posible y que los combatientes de la guerrilla estuviesen en condiciones de neutralizar técnicamente la aviación enemiga. Lo mismo el factor socio-político que el factor técnico-logístico estuvieron ausentes: ellos no dependían del FMLN.

Las contradicciones que aparecen entre el accionar de la guerrilla y los discursos o declaraciones de los comandantes responsables son numerosas y

permiten discutir en torno a diversas hipótesis.

Así, por ejemplo, si se acepta que el objetivo de la estrategia no era otro que forzar al gobierno de Cristiani a cambiar de posición en las negociaciones que estaban en curso entre el FMLN y el gobierno, entonces, no parece lógico que el esfuerzo militar exigido de los revolucionarios tenga que ir "hasta las últimas consecuencias", como fue planteado por la dirigencia en el segundo momento, lo que en concreto significaba continuar la lucha en una situación de extrema precariedad de medios logísticos de todo orden. Con razón podríamos preguntarnos, por ejemplo, porqué el prestigio militar de la guerrilla no habrá sacado provecho de los éxitos logrados en la primera fase, cuando los combatientes del FMLN tenían la iniciativa —cierto es, sobre fuerzas armadas que demoraban en reaccionar— y a propósito de la cual todo el mundo estuvo de acuerdo en que los guerrilleros hicieron una espectacular demostración de capacidad de combate. El reconocimiento de esta realidad vino incluso por parte de los propios militares salvadoreños.

Desde otro punto de vista, si no se trataba de otra cosa que de forzar la mano de los militares y del régimen por la vía del reconocimiento de la capacidad militar del FMLN, es difícil seguir la lógica de un plan estratégico-militar donde las fuerzas guerrilleras se despliegan en una dispersión geográfica extrema, demandando por lo mismo, sobre el plan logístico, una inversión aumentada del esfuerzo y de los medios. En tal estrategia, la multiplicación de los puntos de enfrentamiento no podía jugar sino en contra de la fuerza más débil, en la ocurrencia, el FMLN, el cual además ha debido desplazar una parte considerable de sus fuerzas, alejándolas de sus "santuarios" tradicionales. En la perspectiva estratégica que nos ocupa, se entiende mal, en efecto, porqué el FMLN tenía que demostrar al mismo tiempo que disponía de fuerza militar en todas partes.

Si el accionar de la guerrilla, en la misma lógica estratégica, buscaba una definición en el sentido de producir una nueva correlación militar de fuerzas sobre el terreno, entonces la fragilidad de la estrategia militar salta a la vista: el FMLN habría pretendido establecer "territorios libres" en las ciudades, como si ello fuese posible tal cual lo es en las zonas rurales. Sin embargo, sobre este punto, la experiencia histórica es definitiva: son muy raras las excepciones en donde dos fuerzas combatientes coexisten durante largo tiempo en una ciudad. El ejemplo de Beirut es una situación límite. En todo caso, en situaciones insurreccionales la ciudad no se comparte;

una de las fuerzas enemigas debe ceder; la insurrección debe triunfar so pena de ser aniquilada.

Entonces, la posibilidad de compartir el territorio urbano no podía sino ser temporal, de corta duración en todo caso. La guerrilla no podía, en buena lógica militar, imaginar seriamente una guerra prolongada de posiciones, de modo que si los comandantes imaginaron la posibilidad de conservar las posiciones ganadas en la ciudad, ello no podría haber sino en un esquema donde las negociaciones con el régimen deberían necesariamente tener lugar en un plazo breve. El enemigo, en plena contraofensiva, iba a determinar que se trataba de un plazo extremadamente exiguo. En realidad, la determinación del plazo escapaba a los guerrilleros y dependía mucho menos de su fuerza que de factores exteriores sobre los cuales el FMLN parecía jugar: la correlación de fuerzas en el plano internacional, la presencia de mediadores en el conflicto, etcétera.

Ahora, siguiendo con nuestro modo de razonamiento, si se acepta la primera versión del FMLN, en el sentido de que se trataba de provocar una reacción más favorable del régimen de Cristiani a negociaciones de paz "serias" (lenguaje de los guerrilleros) y sin pretensiones de "toma de poder", entonces ¿hay que aceptar la idea de que un viraje fundamental se ha producido al calor mismo de la ofensiva? Nada es más seguro, aun a despecho de que la segunda fase de la ofensiva, juzgándola a partir de las declaraciones de comandantes y combatientes, tome los contornos de un verdadero "desbordamiento" militar e insurreccional. Todo ocurre como si, al calor de la lucha, los responsables guerrilleros se dejasen llevar por el entusiasmo, hasta el punto de ser capaces de cambiar radicalmente la finalidad misma de la guerra en el espacio de algunas horas. Es como si asistiésemos a la perversión misma de lo estratégico y de lo táctico.

La aceptación en términos políticos de la tesis del "desbordamiento" que se habría producido entre los dos momentos de la lucha, para hacer del objetivo de la ofensiva no ya la mera modificación de las posiciones del gobierno en las negociaciones de paz, sino la caída misma del régimen de Cristiani, lleva necesariamente a una conclusión que no va en favor de los comandantes guerrilleros, pues significaría que estamos frente a la más impresionante de las improvisaciones político-militares.

Si, por el contrario, se prefiere acordar a la dirección revolucionaria el beneficio del error de cálculo estratégico, entonces, nos situamos en otra perspectiva, pues estamos obligados a suponer que

desde el principio la ofensiva guerrillera tuvo como objetivo real la destrucción del ejército, la caída del gobierno de Cristiani y la instalación de un nuevo poder. Según esta hipótesis ¿cómo habría que entender la primera versión ofrecida por la dirección revolucionaria? ¿Como un juego de distracción destinado a esconder los verdaderos objetivos de la guerra, engañar al enemigo y confundir a la opinión pública? Recurso táctico tanto más eficaz cuanto que se trataría de una toma de poder sorpresiva, cuando nadie lo espera, un poco como en una versión finisecular de la estrategia leninista.

El traer aquí a colación la estrategia leninista tiene sentido en términos de que el asalto final al poder se realiza en un marco de enfrentamiento militar pero también de insurrección popular, donde la acumulación de masa combatiente decide finalmente la suerte del conflicto. La dirigencia del FMLN parece haber creído en la insurrección popular, y si ello fue así, de toda evidencia se equivocó. Parece haber apostado a un elemento sorpresa, equivocándose igualmente. ¿Cómo intentar explicar todo esto sin replantear la ofensiva de noviembre situándola en un período más largo de tiempo, que permita un análisis del marco estratégico global en el cual la acción militar se realiza?

Rechazar como creíble la tesis del "desbordamiento" en medio de la ofensiva nos obliga necesariamente a seguir otra pista de análisis. Se trataría de argumentar en torno a la verdadera finalidad de la ofensiva militar —en una coyuntura marcada por los esfuerzos en búsqueda de una salida negociada en Centroamérica— la cual parece haber estado decidida con mucha antelación y no representaría otra cosa que el momento culminante de una estrategia político-militar que el FMLN había venido definiendo a lo largo de muchos meses. Los elementos susceptibles de dar fuerza a este tesis son abundantes y permiten, a nuestro entender, elaborar una interpretación que debe tener mayor coherencia que toda interpretación aislada de los acontecimientos de noviembre. En efecto, un hilo conductor parece ir desde las tomas de posición del Frente en 1988/1989 hasta las acciones militares de la ofensiva.

Las dos vías

En la perspectiva de las elecciones presidenciales del 19 de marzo de 1989 el FMLN presentó una propuesta al gobierno y a las Fuerzas Armadas

destinada a "convertir estas elecciones en una contribución a la paz". Hecha pública el 23 de enero de 1989, en ella el FMLN anunciaba su decisión de participar bajo ciertas condiciones en el evento electoral; la primera de éstas consistía en posponer los comicios hasta el mes de septiembre.

Aun cuando fue rechazada "por razones constitucionales", la propuesta marca sin duda un momento de gran relevancia en la vida política del país, seguramente por las expectativas de paz que allí parecían latentes. El debate que se abrió en todas las formaciones políticas y en el ejército mismo, en vista de una respuesta a las proposiciones guerrilleras, muestra el interés despertado. La exigencia del FMLN de "limpieza total en los comicios", significaba como precio, ni más ni menos el compromiso de un reconocimiento de la legitimidad de los resultados electorales, y aun cuando este punto no era explícito, la posibilidad del abandono de la lucha armada.

Independientemente del rechazo de la propuesta del FMLN hay que considerar que a partir de entonces estamos frente a una estrategia política de dos líneas: la propuesta de abrir otro espacio a la integración política de las fuerzas que él dice representar no reemplaza la línea militar anterior. Aquella aparece más bien como una alternativa a la cual se le va a dar una oportunidad sin que por ello la resolución ofensiva y la preparación militar desaparezcan: "...Tenemos una estrategia para obtener la victoria y nos empeñamos en ella sin reservas. Pero si en la marcha apareciera la posibilidad de una negociación, le vamos a dar la preferencia".¹

¿Negociación, entonces, al borde de la guerra? ¿Bajo la presión de la guerra? ¿Por la acumulación de fuerzas de guerra? Aquí está, sin duda, el nudo de las contradicciones, el corazón mismo del problema. Objetivamente se crea una especie de juego, propio de las apuestas en la mesa de póker: desarrollamos fuerza militar hasta que se consigan resultados políticos, dicen los unos, mientras que los otros exigen primero la deposición de las armas para después incorporar a los guerrilleros a la vida política. En este juego los dos actores neutralizan toda tentativa de negociación, y así se llegará a la ofensiva.

En el ambiente de "fin de reino" del gobierno de Napoleón Duarte (fines de 1988 y comienzos de 1989) la guerrilla no dejaba de golpear militarmente, y la respuesta de las Fuerzas Armadas o de los grupos armados ultra-derechistas creaba un clima de violencia notable. El FMLN acompañaba sus acciones de una campaña propagandística donde el tema cen-

tral era que la crisis que azotaba al país llevaría a la explosión social y que las condiciones objetivas para una insurrección popular estaban dadas.²

Sin embargo, por este tiempo parecía prevalecer un análisis según el cual había cambiado la correlación de fuerzas en favor del FMLN suficientemente como para fundamentar su decisión de participar en el juego electoral. El mismo J. Villalobos (responsable máximo del FMLN) iba a justificar la participación de la izquierda en las elecciones, con las banderas del FDR, sosteniendo que ellas se podían aprovechar para difundir planteamientos relacionados con la crisis, denunciar el "fracaso de la política contrainsurgente del gobierno de Duarte y hacer conciencia de la necesidad de una solución pacífica".³

Varios líderes de la Convergencia Democrática explicaron por ese entonces que la participación en el juego electoral se justificaba porque había llegado el momento determinado éste por los cambios producidos a nivel internacional (distensión este-oeste); a nivel regional (dinámica de paz en Centroamérica); y a nivel nacional (diálogo y negociación en El Salvador y ampliación de los espacios políticos gracias a la lucha del pueblo). Los propósitos de la Convergencia eran resumidos en cuatro puntos: superar el problema de la guerra civil a través del diálogo y la negociación; educar al pueblo en la problemática nacional; dar consistencia a un proyecto histórico; y también a una organización popular, más allá de las coyunturas electorales. Se ha insistido poco, más bien casi nada, en las distancias que esta perspectiva política tomaba en relación a la postulación estratégica de luchar en dos vías, pero dando prioridad a la lucha armada y a la insurrección, que era la del FMLN. Sobre este último punto volveremos más adelante.

Las elecciones y el FMLN

Lo ocurrido al FDR en las elecciones presidenciales de marzo 1989 es bien conocido: su lista electoral no obtuvo ni un tercer lugar, lo que pudo haberle abierto las puertas a su inscripción en el Consejo Central de Elecciones. Si bien es difícil evaluar su real implantación a partir del 3,8% de los votos, no es menos cierto que el FDR fue víctima de la espiral de dinámicas contradictorias derivadas de su alianza con el FMLN, el cual consecuente con sus principios, dio la orden de boicot y de provocar acciones de sabotaje en contra del acto electoral. La alianza FMLN-FDR salió, naturalmente, debilitada de este

episodio y pese a la discreción de ambas partes trascendió públicamente el descontento de los responsables del ala participacionista, quienes repudiaron el boicot y se pronunciaron en el sentido de que la conducta del FMLN iba a favorecer a los extremos políticos.

Más allá de la esencia misma de sus propuestas de participación democrática, el FMLN había definido claramente su política para el período electoral y para las elecciones mismas, sosteniendo que si no tomaba parte en el proceso electoral, mostraría por la vía militar su fuerza y capacidad de combate. En realidad, el gran resultado de la actitud del FMLN es el fracaso completo de la candidatura de izquierda atrapada en la trampa de las contradicciones revolucionarias. Llamando al boicot e impidiendo a su aliado realizar una campaña susceptible de ganar la confianza del electorado, la guerrilla le impedía movilizar al menos una parte de ese 50% de abstencionistas. Designando al Partido Demócrata Cristiano como el enemigo número 1 en esas elecciones, enfatizando la descomposición del gobierno de Duarte y vaticinando la quiebra del centro, sólo un resultado era previsible en el esquema del FMLN: el triunfo de Arena, única fuerza llamada a llenar el vacío político.⁴

Lo anterior viene a confirmar que el FMLN había jugado la carta que favoreciera el triunfo de una fuerza poseyendo "el verdadero poder", con la cual se podría enseguida clarificar la situación política del país. J. Villalobos hacía este análisis cuando declaraba: "Nosotros decimos que el mejor lugar para la Democracia Cristiana es la oposición. Cristiani representa un poder real y en una coyuntura histórica, donde quiera o no quiera, se va a ver obligado a negociar".⁵ Sin embargo, sólo el FMLN parece tener la clave que permite dar validez a la lógica de los extremos y a la realidad del frente a frente de los dos polos. Pensamos que en las condiciones de la polarización extrema que parecía buscar el FMLN, prácticamente no había lugar para la sociedad salvadoreña, y como eso era así, se puede dudar de la existencia de otra posibilidad de solución aparte de la guerra. En esa concepción de la historia, la sociedad aparecía como el rehén de los extremos, de esos actores políticos que no se aceptan mutuamente y quienes basados en su fuerza, agudizan sus contradicciones, al mismo tiempo que involucran necesariamente a los demás en una lógica de "traición".

En realidad todo sucede en el esquema FMLN como si el pleito político en el país tuviera que

definirse entre la guerrilla y el ejército, independientemente del análisis de la composición interna que el Frente hiciese de las Fuerzas Armadas ("tandona", "oficiales progresistas", etcétera). La desviación "militarista" hacía que al gobierno de Cristiani, desde el principio, se le desconociese la autoridad y la legitimidad, de la misma manera que se subestimaba su deseo de diálogo y su voluntad de neutralizar la extrema derecha político-militar. Entendámonos bien, la polarización buscada por el FMLN no es con el régimen de Cristiani, es con la extrema derecha y la fuerza militar. Pero como lo veremos en la parte final de este texto, el peso político, económico y militar en el país se había desplazado y la extrema derecha estaba siendo marginalizada, sugiriendo todo ello la dificultad para el Frente de distinguir entre las fuerzas emergentes y las fuerzas en retroceso en el campo del enemigo. El análisis del año transcurrido entre propuestas, agudización del terrorismo, negociaciones y preparación de la guerra permite precisar mejor las verdaderas intenciones de los actores.

Las difíciles negociaciones

El año en cuestión está marcado por una serie de propuestas y contrapropuestas por parte del FMLN y del gobierno, que por su naturaleza parecían constituir una expresión de la voluntad de negociar de todas las partes. Se puede saber a través de esas proposiciones lo que cada quien quiere negociar y los límites que establece a sus pretensiones.

La cuestión fundamental que aparece en ese vaivén de proposiciones del año pasado son los problemas ligados a la legalidad constitucional y a la legitimidad (gobierno) y a la legitimidad y representatividad (FMLN). Así, mientras Cristiani se niega a hablar de "cuotas de poder", el FMLN habla de la defensa de las organizaciones populares, de los sindicatos, de los partidos de izquierda, organizaciones estudiantiles, en fin, todo aquello que el ejército llama la "fachada" del FMLN. El ejército presiona sobre esas estructuras y no solamente sobre la guerrilla. Este parece ser el marco que condiciona el proceso político de 1989.

En febrero de ese año, en una reunión con todos los partidos políticos salvadoreños, en Oaxtepec, México, el FMLN hizo una propuesta en la cual definía las condiciones bajo las cuales podría cesar la lucha armada, reconocería un solo ejército y el FMLN se incorporaría al proceso político salvadoreño.⁶ Sin

lugar a dudas las condiciones básicas estaban dirigidas a las fuerzas armadas: juicio y castigo para los criminales de guerra, reducción del ejército a los niveles de 1979, disolución de los cuerpos de seguridad.

Aunque no se pueda entrar aquí en el análisis detallado de la significación de estos puntos, debemos subrayar que ellos se inscriben en la lógica pura del poder militar y en los problemas del ejército en su relación con su papel en la vida política del país. El ejército rechazó las proposiciones.

El 29 de mayo de 1989, pocos días antes de la ascensión al poder de Alfredo Cristiani, el FMLN propuso algunos cambios prácticos para abrir posibilidades de diálogo que condujesen a una solución negociada y a la paz.

Firmada por los comandantes Francisco Jovel y Schafik Hendal, de la comandancia general, la propuesta retoma parte de la precedente y detalla más compromisos y demandas político-económicas.⁷ Aquí no se habla de dejar las armas sino de abstenerse de ciertas formas de combate (atentados contra dirigentes políticos de gobierno, sabotaje...) pidiendo, como contraparte que D'Aubuisson y todos los implicados en el asesinato de monseñor Romero sean llevados a juicio; se pide también el desmantelamiento de los escuadrones de la muerte, la libertad de los dirigentes sindicales, la libre información, prolongación de la reforma agraria, nacionalización de la banca y del comercio exterior.

Después de esta parte preliminar, relativa a los compromisos políticos necesarios entre el FMLN y el gobierno de Arena, la propuesta detalla los puntos sobre la negociación directa entre las partes, que conduzcan a "la democracia verdadera, las transformaciones sociales y la paz firme". El cese al fuego tendría que ser concertado entonces en el marco "de una negociación global". El FMLN sugería, como medida práctica, que los cinco partidos políticos que no formaban parte del gobierno podrían asumir el papel de propiciadores y gestores del diálogo hasta lograr la negociación directa.

La propuesta del 29 de mayo fue calificada de "poco seria" por el presidente Cristiani quien en su discurso de toma de posesión, el primero de junio, expuso la posición de su gobierno. Declaró su voluntad de no vulnerar de ninguna manera el marco constitucional en las iniciativas tendientes a la paz y señaló como uno de los principios fundamentales que "una vez iniciado el diálogo, según la calendarización convenida, no se suspendería unilateralmente por ningún motivo, hasta poder pre-

sentar a los organismos de más alta decisión política un planteamiento de solución global del conflicto".⁸ Esta cláusula muestra sin duda la voluntad presidencial de tener éxito en el diálogo, pero al mismo tiempo, ¿no esconde el temor de que el FMLN y ciertas fuerzas ligadas a su gobierno estén utilizando la búsqueda del diálogo simplemente como una táctica destinada a encubrir otras salidas, en definitiva la salida armada? El planteamiento presidencial no contiene promesas ni exige rendición, se ubica en el marco de la definición de mecanismos prácticos, entre ellos el papel de la "comisión de diálogo" (que promete crear).

En un período de seis meses la vida política salvadoreña había cambiado no poco: Arena había conquistado electoralmente el poder local, legislativo y ejecutivo, mientras que el FMLN había irrumpido en la escena política del país con propuestas que pesaban sobre las raíces del conflicto y que permitían entrever posibilidades para su futura conversión de fuerza insurgente a fuerza política integrada al juego democrático. Cada una de las propuestas se concentraba más en un aspecto que en otro (elecciones, democratización, negociación) y la cuestión de dejar las armas y desmovilizar la guerrilla quedaban ligadas a los resultados obtenidos en las etapas previas, en los hechos, sería la etapa final. Esta era, sin duda, una carta que el FMLN se guardaba para obtener resultados, pero también la seguridad de que la ofensiva insurreccional era siempre una posibilidad.

La Cumbre de Tela (Honduras), del 5 al 7 de agosto, propició a través de un llamado de los presidentes, la apertura de las negociaciones entre el gobierno de Cristiani y el FMLN. Cristiani fue llamado insistentemente a abrir el diálogo ya que la cumbre había rechazado su proposición de adoptar una posición común en cuanto a la desmovilización de la contra nicaragüense y del FMLN.

A raíz de estos acuerdos se abrió de nuevo el debate alrededor del orden de procedencia entre el cese de hostilidades y las negociaciones mismas. Antes de llegar a la reunión de México del 15 de septiembre, el debate fue marcado por una considerable cacofonía del lado oficialista, reflejando los puntos de vista contradictorios, propios a diversas tendencias, lo mismo en el interior de las Fuerzas Armadas que de Arena o del gobierno. Lo importante es que, a pesar de todo, el encuentro de México fue posible y señaló el inicio de una dinámica de consensos mínimos.

La declaración hecha en México por las dos partes muestra que las cosas avanzaron; señala que

“dialogaron en un esfuerzo de entendimiento negociador para terminar el conflicto armado por la vía política, en el más corto plazo posible, impulsar la democratización del país y reunificar a la sociedad salvadoreña; en tal sentido, el diálogo propone concertar el cese de hostilidades”.⁹ Las dos partes se pusieron también de acuerdo sobre procedimientos y fechas de las próximas reuniones.

La segunda reunión entre el gobierno y el FMLN tuvo lugar entre los días 16 y 18 de octubre de 1989, en Costa Rica, con presencia de representantes de la Iglesia Católica, de las Naciones Unidas y de la OEA, en calidad de testigos. Al diálogo de Costa Rica las dos delegaciones llegaron con proposiciones cuyo análisis permite darse cuenta de las diferencias de apreciación “semántica” sobre diversos puntos en discusión y al mismo tiempo de la distancia considerable que las dos partes tienen que recorrer para llegar a un cese definitivo de hostilidades. Sin embargo, nadie puede sorprenderse de tales constataciones pues ¿cómo se puede pretender que después de 10 años de guerra abierta o en gestación, de rechazo radical de todo diálogo, de estar inmersos en una “cultura de violencia” las divergencias no sean importantes? En el mismo sentido ¿cómo esperar un acuerdo preciso, detallado y satisfactorio para ambas partes, apenas con dos reuniones de trabajo de media jornada cada una?

Conviene, por lo mismo, insistir en que la declaración de Costa Rica marca un paso de avance significativo en las conversaciones puesto que “ambas delegaciones coincidieron en que el cese de hostilidades debe entenderse como el fin definitivo del conflicto armado y la paz firme y duradera logrados a través de acuerdos políticos”. La declaración de Costa Rica no ha merecido muchos comentarios, los analistas prefirieron insistir en las demandas unilaterales con las cuales llegaba cada delegación. Es cierto que el hecho de que el FMLN desencadenara la guerra, pocos días después, venía de cierta manera a ridiculizar los acuerdos mismos y, sobre todo, a dejarlos sin efecto.

Y, sin embargo, alguien no dejó de señalar que la declaración de San José daba satisfacción a puntos esenciales que había venido planteando el FMLN: “primero, lograr acuerdos que permitan concertar un cese del fuego (esto se asemeja al cese del enfrentamiento militar de la violación de los derechos humanos), y logrado esto, avanzar hacia la concertación del cese definitivo de hostilidades. El FMLN agregaba que paralelamente vendría avanzando su incorporación al proceso político hasta que ésta sea

total” (*Esta Semana*, 27/10-2/11-1989). El gobierno de Cristiani parecía asumir el esquema que le proponía la contraparte; la delegación oficial contó con la presencia de miembros de las Fuerzas Armadas; el gobierno aceptaba el principio de que las delegaciones asistiesen con facultades plenas para discutir y concertasen acuerdos sobre los puntos de la agenda. La tercera reunión fue acordada para los días 20 y 21 de noviembre de 1989.

La reunión de Caracas no tendrá lugar puesto que el FMLN había decidido sabotearla. Las hostilidades iban a ser comenzadas por el FMLN unos días después de San José bajo la forma de un ataque nada menos que al Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, con el saldo de un muerto y 14 heridos. La mecha de la violencia estaba de nuevo encendida. La actitud del FMLN hace de ese modo creíble la declaración hecha por Cristiani a propósito de la reunión de Costa Rica, en el sentido de que los representantes de la guerrilla “habían tratado de provocar a los delegados gubernamentales para que se levantaran de la mesa de negociaciones” y de que en su objetivo de dificultar las conversaciones el FMLN había introducido nuevos temas. A la luz de los antecedentes conocidos, cada vez más la reunión de San José se configura como un “falso escenario”, puesto que uno de los actores principales está ya en otra parte. En otra parte... a punto de desencadenar la guerra.

Ruptura de negociaciones y justificación de la ofensiva

El 3 de noviembre de 1989, la guerrilla anuncia bruscamente su retiro de las negociaciones iniciadas en México (15-17 de septiembre) y continuadas luego en Costa Rica (18 de octubre). Como justificación de su decisión de no participar en la reunión de Caracas, fijada para los días 20-21 de noviembre, el FMLN, evoca el atentado dinamitero realizado contra el local de Fenastras (que dejó 9 muertos y 29 heridos); al mismo tiempo acusa a las Fuerzas Armadas de haberlo planificado y ejecutado, afirmando así mismo su voluntad de evitar “que su presencia en el diálogo sea utilizada para encubrir la responsabilidad del gobierno”.¹⁰

El día 4 de noviembre el FMLN llama al pueblo salvadoreño a “tomar las armas para ejercer su legítima defensa ante la política terrorista del régimen de Cristiani y del alto mando de las fuerzas castrenses contra los trabajadores”.¹¹

Mientras tanto, el presidente Cristiani hacía declaraciones indicando que la política de negociaciones seguía en pie. Decía entre otras cosas: "Vamos a seguir los pasos para encontrar la paz y vamos a asistir a las conversaciones en Caracas los días 20 y 21 de noviembre".¹² Simultáneamente prometía formar una comisión destinada a investigar el atentado dinamitero de octubre que había costado la vida a 9 sindicalistas.

El día 7 de noviembre, el comandante Roberto Cañas afirmaba que para una vuelta a las negociaciones el FMLN pedía garantías para el funcionamiento de las organizaciones civiles de la oposición, sosteniendo que el gobierno de Cristiani y las Fuerzas Armadas habían "convertido en parte enemiga a toda la población civil". Agregaba que mientras predominase el poder castrense sobre el poder civil no podía haber condiciones ni para la paz ni para negociaciones: "Creemos que en estos momentos no podemos avanzar en la mesa de negociaciones, tienen que desarrollarse otras formas de lucha".¹³

La decisión del Frente no deja de sorprender a los dirigentes de los partidos de oposición de izquierda y de la Democracia Cristiana quienes calificaron como "un error la decisión del FMLN de dejar en suspenso su participación en la reunión de Caracas". Guillermo Ungo, del MNR señaló que "la decisión del FMLN favorece a sectores de derecha" y sugirió que el tema prioritario de Caracas debía ser el de la protección de los derechos humanos, la depuración del ejército así como la reestructuración del sistema judicial.¹⁴

A estas alturas de la ruptura, tanto Oscar Arias, presidente de Costa Rica, como la Iglesia Católica salvadoreña ofrecieron su mediación para el retorno al diálogo.¹⁵ El FMLN declaraba frente a esas iniciativas que toda vuelta a la mesa de negociaciones requería la solución de al menos tres puntos esenciales: garantía de los derechos civiles y políticos, modificación del esquema de las negociaciones ("no puede haber cese de hostilidades sin acuerdos políticos") y formación de una comisión gubernamental con facultades y representatividad. Sin embargo, como se verá más adelante, todo indicaba que a esas alturas la lógica de las armas parecía estar ya decidida.

El FMLN había decidido favorecer la alternativa armada en vez de seguir en su orientación de "luchar también" en el terreno político. ¿Sería acaso que apenas en un par de meses se habían agotado todas las iniciativas posibles a nivel diplomático-político, y que ya no les quedaba ninguna otra vía frente a

un régimen que mientras dialogaba seguía persiguiendo? ¿O que a la luz de la aceleración de los acontecimientos tanto a nivel regional (fase electoral en Nicaragua) como a nivel internacional (hecho simbólico: el derrumbe del muro de Berlín) el FMLN se dio cuenta de que el tiempo ya no era su aliado, en cuyo caso la ofensiva habría que entenderla como una carrera contra el tiempo? O más bien ¿habría que aceptar que en una supuesta extrema polarización de fuerzas político-militares —que vendría perfilándose desde las elecciones— habrían quedado frente a frente guerrilla y ejército, los únicos capaces, más allá de medir sus fuerzas militares, de negociar una salida política.

Si la respuesta es afirmativa para la primera pregunta, entonces habría que reconocer que los acuerdos de San José no tuvieron nunca ningún valor, ni para la guerrilla ni para el ejército.¹⁶ La respuesta afirmativa a la segunda interrogante parece poder argumentarse con bastante solidez, pero dentro de una estrategia predeterminada del Frente. La hipótesis de la polarización extrema, fuera de quitarle todo crédito al gobierno de Cristiani, es frágil a la luz de un análisis más objetivo de la "correlación de fuerzas".

La ofensiva o el fatalismo de las "dos vías"

Bajo ningún concepto la ofensiva de noviembre puede ser considerada como una "respuesta más" a los actos de terror de los extremistas de derecha que siguen al ataque al Estado Mayor. Su envergadura tiene todas las características de un acto estratégico preparado minuciosamente, durante largo tiempo, que ha necesitado de un enorme esfuerzo organizativo y de un alto grado de apoyo logístico venido del exterior. En tal sentido, la ofensiva nos parece mucho más un acto enmarcado en un designio político-insurreccional que corresponde a todo un período en la lucha del FMLN. A la luz de las posiciones que el FMLN venía adoptando desde comienzos de 1989, proposición de participación condicionada en las elecciones presidenciales, sucesivas propuestas de paz, presencia en las mesas de negociaciones de México y San José, etc., alguien podría pensar que la afirmación anterior es aventurada. Sin embargo, muchos son los elementos de juicio que van en aquella dirección.

Estos elementos de juicio permiten argumentar que la ofensiva es el resultado lógico de una

estrategia insurreccional que cohabita al menos a todo lo largo de 1989 con una postura de apertura política y de participación democrática. No era nuevo en la historia de los movimientos marxistas el hecho de que el FMLN adoptara, en los comienzos de 1989, una estrategia de "dos vías", una militar e insurreccional, y la otra pacífico-electoral.

Es bien sabido que la estrategia de las "dos vías" aparece históricamente cuando un movimiento revolucionario constata, después de un período relativamente prolongado, la inviabilidad de la estrategia política originalmente elegida. Sin embargo, la experiencia muestra que la práctica de las dos vías es tan inviable como la original, al menos por un buen período de tiempo. Administrar el equilibrio entre una vía y otra es prácticamente imposible, y todo pasa como si el movimiento estuviese prisionero de su largo pasado. Esto ocurre no tanto por razones de voluntad política sino por un cierto determinismo que viene de la cultura política que el propio movimiento fomenta, lo cual impregna las prácticas políticas y los comportamientos individuales.

Uno de los ejemplos más significativos en la historia de América Latina, aunque con una posición opuesta a la del FMLN, lo tenemos en el caso del Partido Comunista chileno. La cultura política de ese partido era aquella de la "vía pacífica" (participación en las elecciones, aptitud para la negociación política, participación en gobiernos burgueses); por los años sesenta adopta la idea de un camino por "dos vías", es decir, recupera como posible "si todas las otras posibilidades quedan cerradas" la salida de la lucha armada. Ahora, esta última alternativa quedó siempre subestimada incluso en las condiciones pre-revolucionarias de los 1972-1973, por lo mismo que se demostró impracticable para defender al gobierno de Allende.

Otra es la cultura política en el caso del FMLN. Esta será determinante en el hecho de que la vía pacífica sea puesta desde el comienzo en un lugar secundario y que en definitiva sea sacrificada, a despecho de reiteradas afirmaciones en el sentido de que la vía insurreccional no era sino "una segunda alternativa". ¿Es esta cultura política la que está en la base del análisis que hace el FMLN de la coyuntura ya desde fines de 1988? Incontestablemente ella parece imponerse, impregnándolo, en su análisis de la "correlación de fuerzas", que si ciertamente es reconfortante para la guerrilla, visto del exterior aparece marcado por el voluntarismo y, en definitiva, oculta difícilmente su fragilidad. El problema es que frágil, irrealista y todo, esa concepción par-

ticular de la correlación de fuerzas iba a alimentar un optimismo exagerado sobre las posibilidades de la vía militar y, sobre todo de las perspectivas insurreccionales.

A mediados de 1989, el padre Ellacuría,¹⁷ conecedor profundo del FMLN decía "No hay signo ninguno en estos meses de reflexión para deducir que el FMLN dude de su fuerza militar y de su fuerza insurreccional". Agregaba que la convicción de los comandantes era que "nunca han estado tan fuertes militar y políticamente o en su relación con las masas como lo están ahora" y como lo podían estar "todavía mejor en un poco tiempo más". En realidad, éste es el tenor mismo de las declaraciones hechas en febrero de 1989 por el máximo dirigente de la guerrilla, el comandante J. Villalobos, quien sostenía que "el triunfo militar y la insurrección no son dos sueños, sino dos acontecimientos futuros, —de cierta manera— ya presentes aunque todavía no de forma plena".¹⁸ En otra entrevista de la misma época, Villalobos hacía un análisis según el cual los diez años de lucha del FMLN había que verlos como "un proceso de acumulación histórica favorable al FMLN que le permite gozar en 1989 de la correlación de fuerzas más favorable de toda su historia".¹⁹

Según esta versión el FMLN, en la escena nacional, cuenta en su haber en primer lugar con "la existencia misma del FMLN armado y un proceso de ocho años de guerra en el cual éste no ha podido ser vencido, y, por el contrario, constituye un elemento real de poder en la sociedad salvadoreña". En verdad nunca antes el FMLN había logrado tanta fuerza militar; esto parece estar avalado no solamente por la frecuencia e intensidad de las acciones puntuales desarrolladas entre 1988 y 1989, por las declaraciones de los propios responsables de la guerrilla en el sentido de la prioridad acordada al reforzamiento militar, más allá del viraje político esbozado a comienzos de 1989; y en fin, por las informaciones de origen muy diverso dando cuenta del apoyo en armas y en preparación militar recibido por la guerrilla desde el exterior, de Nicaragua y Cuba en particular, y seguramente desde Panamá. Ellacuría hizo una observación que es significativa respecto a la duración de los preparativos, pues caracterizando el año 1988 como de transición y de espera, de "flotamiento político" diríamos nosotros, decía que en ese ambiente general "solo el FMLN pensaba que el año 1988 pudiera ser decisivo, por cuanto podría lograr algunos avances importantes en la lucha revolucionaria, tanto en lo estrictamente militar como en el capítulo de la organización e insurrección de masas".²⁰

De manera que se puede perfectamente dar crédito al FMLN en el sentido que estaba alcanzando su máximo desarrollo militar (por lo demás la demostración quedó hecha en noviembre), sin embargo, no se puede tomar la misma actitud cuando se trata de su manera de valorar el apoyo que le acordaría la población, su capacidad de movilizar y de conducir las masas a la insurrección. El análisis del FMLN a propósito de estos problemas da la impresión de estar fuertemente influido por una visión "paseísta", más que por los datos de la actualidad. En el análisis que hace J. Villalobos en febrero de 1989 se ve bien como el pasado parece venir en socorro del presente para mejor confortar una posición política: "hay que tener cuenta (decía) que nosotros somos la mayoría, a los ocho años de haber probado, de manera aplastante, que somos la fuerza de la izquierda revolucionaria en El Salvador, que era mayoría".²¹ Curioso ejercicio pasado/presente para decir con firmeza que "lo que fue sigue siendo": en realidad todo sucede en el análisis de Villalobos, como si la historia social y política del país se hubiese detenido a lo largo de esos años pasados. Agregaba: "Hay que recordar que en 1980 se expresó el cuerpo político orgánico más grande que ha existido en el país; superior al que pudo haber tenido cualquiera de las organizaciones electorales en los años setenta". Es como si el movimiento popular progresista en ascenso hacia fines de los setenta, que sucumbió precisamente por la voluntad de las tendencias militaristas en su seno, fuera la misma realidad que enmarcaba, a fines de los ochenta, la actividad revolucionaria del FMLN. Pero ¿cuántos y cuán grandes no han sido los desplazamientos políticos que han tenido lugar después de los años 1981 y 1982?

En esta versión paseísta se pretende que el FMLN, por su "verticalismo" en las ideas y en el combate no solamente estaría heredando ese movimiento de los años setenta, sino que además lo personifica a fines de los ochenta, por el hecho mismo de que el FMLN "para poder llegar a los niveles de lucha armada alcanzados, antes ha debido pasar por un alto nivel de lucha política de masas, por un alto nivel de lucha reivindicativa"; es decir, que su identificación política a ese movimiento de masas no deja lugar a dudas en el espíritu de los dirigentes del FMLN, enunciando así una interpretación de la identidad política que es perfectamente discutible.

La subjetividad analítica no se limita a este aspecto en la visión que el FMLN se hace de "su mayoría". En su haber de "acumulación histórica"

¿por qué no sumar el sacrificio del pueblo en la guerra? Así los 50 000, o los 60 000 muertos (las cifras varían) en acciones militares, en actos de terrorismo o de represión, cometidos en diez años, son un elemento que juega unilateralmente en favor del Frente, como si la guerra tuviese un solo victimario, las víctimas fuesen de un solo campo y la opinión pública no conociese sino el maniqueísmo. Y ¿si esos miles de muertos pesasen sobre todo en el sentido del cansancio de una guerra sin salida? En 1989 ¿quién podía negar que la cuestión de la paz interesaba a los salvadoreños mucho más que la cuestión de quién podía eliminar a quién por la vía de las armas?

Decía Ellacuría en su artículo ya citado: "Puede estimarse que la mayor parte de la población, incluso de los votantes por Arena, está no sólo en favor de la paz, sino en favor de una paz pronta, lograda no por la vía militar sino por vías políticas que incluyan la negociación". Esta afirmación se veía confirmada por los sondeos realizados en 1989 sobre la cuestión. El "diálogo nacional", animado por la Iglesia Católica en 1988, había contribuido no poco a la creación de un estado de espíritu favorable a una solución pacífica del conflicto. ¿Todo ello no representaba, de cierta manera, una desautorización implícita de las posiciones radicales?²²

En tal contexto, ¿cuál podría ser la significación real de eso que J. Villalobos llamaba la "recomposición del cuerpo político de la izquierda"? Según él, ese movimiento "democrático revolucionario que incluye desde las formas guerrilleras hasta el frente electoral, pasando por el frente popular". Lo que era en realidad una tentativa de reposicionamiento político destinada a hacer progresos en el terreno de la lucha democrática, no sin fuertes contradicciones y tensiones entre las corrientes militaristas y democrático-participacionistas de izquierda, no podía ser presentado en 1989 como una conquista, como formando parte de la "acumulación histórica". No era sino un proyecto. Los resultados obtenidos por la Convergencia Democrática en las elecciones presidenciales son a este respecto una prueba bastante concluyente de la precariedad del "cuerpo político" real sobre el cual se afirmaban, en aquél entonces, las perspectivas político-insurreccionales del FMLN.

Porque, hay que repetirlo, a lo largo de 1989 el FMLN no abandona la idea de la insurrección armada. Al contrario ella es objeto de un trabajo ideológico constante: "Hemos planteado que existe una situación objetiva y que hay bastantes elementos subjetivos, como son la tradición de lucha, el nivel de organización, y otros, como el que

se dé un estado de ánimo de oposición que no se ha transformado todavía en violencia, pero que puede serlo si se dinamiza. Ese es el elemento que falta. Si bien ese campo político adquiere más dinámica, no tenemos ninguna duda de que, de un momento a otro, se puede producir un estallido de violencia de amplias masas. A esto nos referimos cuando hemos hablado del proceso insurreccional”, decía el comandante Villalobos.²³ La certeza de que las condiciones existían para una insurrección popular lleva al máximo dirigente a declarar en febrero de 1989 que, “nosotros estamos haciendo nuestros últimos esfuerzos para evitar el estallido social”. Preparando la ofensiva militar, el FMLN da por descontado que la insurrección popular seguirá automáticamente. Sin embargo a la luz de otros elementos, el estallido social aparece más como un deseo que como una posibilidad inscrita en la realidad. Entre otros, el estado real de las fuerzas políticas de centro y de derecha tampoco parece dar razón a la evaluación hecha por el FMLN.

El fracaso político del gobierno de la Democracia Cristiana en afirmar una opción democrático-centrista fue entendido por el FMLN como una “descomposición del centro” la cual debía necesariamente favorecer a “ese cuerpo” de izquierda en reconstitución, sin imaginar que una buena parte de la clientela de la Democracia Cristiana giraba más bien hacia la derecha, inscribiéndose en la opción de un Arena que, por el contrario, está en proceso de recomposición, de modernización y de crecimiento.

Las capas medias parecían haber dado la espalda a la guerra: lo mismo aquellas fracciones que votaron por Duarte, que los otros, lo hicieron en gran medida en contra de la guerra. Ellos constituían, sin embargo, los nuevos sectores que en el esquema del FMLN deberían ser captados por los discursos de una “fuerza popular independiente”, en el contexto del “vacío político” creado por la descomposición del régimen de Duarte. Si ese vacío era real, iba a ser llenado por Arena, dejando sin valor la carta de un movimiento popular progresista que debería incorporar en su seno lo que, según el FMLN, se presentaba “falsamente” como un centro.

Dentro de su descomposición, el gobierno de la Democracia Cristiana había, por otra parte, no solamente “salvado los muebles” sino que podía exhibir algunos logros como para conservar, de lejos, el segundo puesto como fuerza política del país: más allá de asegurar el funcionamiento de la economía, obtuvo éxitos en el reforzamiento de la fuerza armada; en la puesta en marcha de reformas

estructurales; en la ampliación de las libertades; en la apertura de espacios políticos y en el respeto de los derechos electorales. Lo que hace que, en definitiva, la alternancia política de 1989 signifique un verdadero trasiego electoral hacia la opción Arena y no precisamente una radicalización hacia la izquierda como esperaba el FMLN, y esto porque, según toda probabilidad, las tesis del Frente provocaron más bien el rechazo de los electores.

Un análisis desinteresado de lo que sucede en el seno de la clase dominante y la caracterización del gobierno de Arena, con Cristiani en la presidencia, no parece tampoco dar la razón a las tesis del FMLN. A este propósito, J. Villalobos veía “recomponerse la unidad entre el antiguo poder oligárquico y el ejército”, con lo cual, “los componentes de la dictadura clásica en El Salvador comienzan a desarrollar un proceso de fusión bajo nuevas condiciones”.²⁴ ¿No hay, aquí otra vez, una visión “paseísta” de la clase dominante y de la derecha política que vicia el análisis del FMLN?

El punto de vista anterior no tiene para nada en cuenta los desplazamientos operados en el seno de los grupos económicos nacionales bajo el gobierno de Duarte, cuya expresión más general es el peso decisivo que adquieren los grupos empresariales modernizantes. Estos, habían ido copando las diferentes instancias empresariales, dejando a los sectores más derechizantes atrincherados en la Cámara de la Libre Empresa (CLE).

En cuanto a la “recomposición política” de la derecha, ésta se opera —según comentarios de varias fuentes— en el marco de un partido Arena que, bajo el control de los sectores modernizantes, se prepara a gobernar con un programa renovado que se aleja de sus orígenes ultraderechistas para proponer una opción política moderna, de cambios moderados y no desprovista de sensibilidad social. Esta nueva personalidad política de Arena está ya presente en la actividad legislativa de 1988: sus parlamentarios defienden proyectos de ley favoreciendo los bajos salarios frente a la política impositiva; acordando subvenciones a pequeños y medianos comerciantes; asegurando el fortalecimiento de la reforma agraria; ayudando a los pequeños y medianos productores de frijoles...²⁵ Sería un error ver allí solamente el interés del reclutamiento electoral pues el gobierno de Cristiani se sitúa en esta nueva orientación, a la cual incluso la línea dura de Arena hace concesiones en el sentido de la moderación.

En cuanto al problema de la paz interna, el gobierno de Cristiani se había comprometido

formalmente con la idea de las negociaciones para obtener la pacificación del país. El FMLN no parece haber dado gran seriedad a ese compromiso, dudando del poder político presidencial. De manera que, precisamente cuando el presidente Cristiani es ungido por el sistema político nacional y reconocido como legítimo por las Fuerzas Armadas, el FMLN pretende disociarlo de estas últimas so pretexto del "ultrismo" de su cúpula. Con esto el Frente subestima en los hechos la autoridad de Cristiani, habla de la debilidad de su poder, de su condición de "secuestrado" en manos de las Fuerzas Armadas... Todo esto no puede entenderse sino a la luz de la práctica misma de la guerrilla, como emanando de la desviación militarista que le da fuerza pero que al mismo tiempo la fragiliza, que la conduce en definitiva a no creer sino en la autoridad y en la fuerza de las armas.

Una muestra ejemplar de esta concepción de la política está dada por la insistencia con la cual el FMLN reclama, en la reunión de México y en la de San José la presencia de los más altos jefes militares. Las Fuerzas Armadas estuvieron presentes en San José (con delegados tan representativos que eran coroneles al mando directo de tropas) pero ello no pareció suficiente al Frente, quien siguió insistiendo en que toda negociación no podía hacerse sino con los más altos responsables de la defensa nacional.

El análisis que consistía en separar el gobierno civil de la instancia militar se iba a demostrar tan erróneo como aquel otro que pretendía que existían profundas contradicciones entre la cúpula militar (la llamada "tandona") y al menos una buena parte de la oficialidad, todo lo cual permitía predecir una fractura decisiva de la institución militar en caso de ser sometida a una fuerte tensión. Sin embargo, en diez años de guerra, de experiencia en la lucha antisubversiva, de ayuda militar norteamericana y de profesionalización, las Fuerzas Armadas salvadoreñas, como muchas otras en América Latina, se habían consolidado suficientemente, sobre todo en los aspectos de la seguridad militar, como para convertirse en un terreno bien protegido y a cubierto, lo mismo de posibles asonadas promovidas por mandos inferiores, que de aquellas iniciativas aisladas capaces de motivar a oficiales de alto rango.

Sin pasar por el análisis erróneo del FMLN en cuanto a las características del régimen de Cristiani y de la imbricación entre lo civil y lo militar en el período que tratamos, es difícil entender los calificativos de "dictadura de Cristiani" o de "régimen fascista", que fueron empleados en la propaganda

del FMLN en los días previos a la ofensiva y también durante el desarrollo de la misma. También es difícil entender la paradoja de un discurso de los responsables de la guerrilla en el sentido que el gobierno de Cristiani "había declarado la guerra a todo el país" cuando, en realidad el Frente parecía hacer su guerra "contra todos", e inconscientemente tal vez, contra una población indefensa, la misma que en sus cálculos no podía sino pasar a combatir y a defender revolucionariamente las posiciones de la guerrilla.

Palabras finales

A la hora de hacer el balance de lo dicho en este texto, se llega a una conclusión que es dramática para el FMLN: en noviembre de 1989 la guerrilla iba a desencadenar su combate decisivo en un tiempo pasado, como si se tratara de los fines de la década de los setenta y no del término de los ochenta. Hubo un periodista bien advertido que hizo notar esta circunstancia a propósito de ese momento de la ofensiva en que los comandantes guerrilleros se planteaban la caída del gobierno, el colapso del ejército y la toma del poder por medio de la insurrección general. Escribió lo siguiente: "se trataba de repetir la hazaña realizada en 1979 por los sandinistas en Nicaragua. La estación de radio de los rebeldes, radio *Venceremos* [es el periodista quien habla] hacía regularmente la comparación con los últimos días de Somoza, quien había bombardeado a la población civil y provocado así el aislamiento de su régimen en el seno de la comunidad internacional".²⁶

El análisis voluntarista de la correlación de fuerzas en el país, se acompañaba de otro, no menos frágil, relativo a los cambios profundos que se observaban en la escena internacional, el más importante sin duda, el derrumbe del "socialismo real".

Como se sabe, la comunidad internacional también había cambiado de sensibilidad frente a las revoluciones marxistas-leninistas y estaba viviendo más bien un contexto histórico marcado por revoluciones que se hacen precisamente en contra de la revolución marxista-leninista.

El fin del período de la distensión entre el Este y el Oeste, reemplazado por otro de apertura hacia el Occidente, de liberalización de las economías y de democratización de las instituciones, al mismo tiempo que abre nuevas posibilidades de reacomodo y redefinición, reintroduce la nación (sino la etnia) como sujeto histórico; pone en cuestión la validez de los imperios, pero al mismo tiempo crea grandes

desequilibrios y abre vastos espacios de incertidumbre. En su retirada los antiguos "protectores" dejan sus "huérfanos", a los cuales no les queda más remedio que darse una nueva coherencia y una mayor responsabilidad, obligándose a una búsqueda de autonomía tanto nacional como regional.

Sin lugar a dudas, la fase de transición de la lógica implícita en la confrontación militar a la lógica de la construcción de la paz implica la convicción de que la guerra no ha llevado ni a solución militar ni a solución política en El Salvador. Si ésta no es la conclusión de las fuerzas en pugna, la guerrilla y las Fuerzas Armadas, lo más que pueden esperar de parte de los actores internacionales, es una gran indiferencia.

Medir, a cuatro meses de la ofensiva, si existen hoy más posibilidades que ayer de invertir en la paz, a sabiendas que no se deshace en un día lo que se construyó en diez años, es imposible, y todo lo que se puede hacer es dar crédito a la capacidad y voluntad de ambos lados de sacar las conclusiones que se imponen de tanto desgaste y de ajustar sus deseos a las realidades, dejando de lado el voluntarismo y las ilusiones.

Notas y referencias

1 "Los puntos sobre las íes: entrevista a Joaquín Villalobos" in *Actualidad centroamericana*, servicios especiales de *Pensamiento propio*, 13/31 de enero de 1989, núm. 37, CRIES-Managua.

2 FMLN: "Crisis hacia la explosión social" in *Centroamérica hoy*, 31-10-1988, núm. 12, páginas 15-16.

3 *Idem*.

4 Flores, Víctor "Reni Roldan junto a Hugo Zamora explican la lucha electoral" in *Proceso*, 5-9-1988, núm. 618, páginas 42-43.

5 Leonhard, Ralf "Diálogo amenazado" in *Pensamiento propio*, noviembre 1989, núm. 65, página 8.

6 Castellanos Moya, Horacio "La fuerza armada ante la propuesta del FMLN" in *Boletín del CECARI*, mayo 1989, núm. 10, página 8.

7 "Propuesta política del FMLN de El Salvador" in *Centroamérica hoy*, 7-6-1989, núm. 23, página 2.

8 "Planteamiento del gobierno de El Salvador: Primero de junio de 1989". (Búsqueda de una solución al conflicto armado) in *Centroamérica hoy*, 7-6-1989, núm. 23, página 3.

9 Véase acuerdo de México firmado por el gobierno de El Salvador y el FMLN in *Inforpress centroamericana*, 21-9-1989, núm. 85.

10 "Suspendió el FMLN el diálogo con Cristiani" in *El Nacional*, *El Día*, *El Financiero*, 3-11-1989.

11 *El Excelsior* du 4-11-1989, página 2.

12 *El Nacional*, 5-11-1989.

13 Petrich, Blanche "La violencia impide negociar la paz" in *La Jornada*, 7-11-1989.

14 *El Excelsior*, 8-11-1989.

15 *Inforpress centroamericana*, 9-11-1989, núm. 862.

16 Gonzales Ruiz, Enrique "La Tandoni quiere guerra total" in *El Día*, 7-11-1989.

17 Ellacuría, Ignacio, "Una nueva etapa en el proceso salvadoreño", BCA: *Estudios centroamericanos*, XLIV, 485 páginas.

18 *Idem*.

19 "La propuesta del FMLN: las razones de un viraje estratégico", entrevista a J. Villalobos, por Marta Harnecker el 25-2-1989 (mimeografiado).

20 Ellacuría, *op. cit.*, p. 168.

21 Entrevista de Marta Harnecker a J. Villalobos, *cit.*

22 Sobre este tema, Ellacuría (*op. cit.*) escribía: "El marco general, trazado por las conclusiones del debate nacional se va a convertir (se refiere al pasado) paulatinamente en el marco comúnmente aceptado hasta por Arena, y desde luego por la Democracia Cristiana..."

23 Entrevista a J. Villalobos, *op. cit.*

24 *Idem*.

25 CAD: "Alcances y limitaciones del programa económico y social de Arena", noviembre 1988, 13 páginas, (mimeografiado).

26 Artículo de B. de La Grange in *Le Monde*, París, 22-11-1989.



De las mieles al tequila

61 páginas, 68 fotos

Coedición Colegio de Michoacán/CEMCA